

EL ASPECTO DINAMICO DE LA FILIACION DE JESUS EN EL EVANGELIO DE JUAN

El Evangelio de Juan cierra su primera conclusión con una nota sobre su fin (20,30s). Todos los hechos que sobre Jesús de Nazaret recoge el Evangelista en su texto tienen un carácter semiótico y una intencionalidad teológica: señalan una realidad, por la que el creyente puede profundizar en su fe cristológica, reconociendo en Jesús al Mesías prometido y al Hijo Unico de Dios. Pero esta cristología es eminentemente soteriológica: está orientada a dinamizar en el creyente por la entrega a Jesús su misma vida, su misma postura vital. Esto muestra que el evangelista a lo largo de toda su obra tiene como fondo a explicitar la postura interna de Jesús, su misma vida interior, por lo que aparece y en la que se concretiza su vivencia mesiánica y que sirve de principio dinámico para engendrar y alimentar esa misma vida en quien se entrega a la acción de su dinamismo.

La Cristología a lo largo de los siglos ha experimentado continuamente una variación de énfasis en sus planteamientos. Y esto es lógico, dada la variedad de aspectos en la personalidad de Jesús de Nazaret y teniendo en cuenta también las diversas necesidades de la Iglesia, cuya vivencia esta cristología trataba de configurar. La Cristología normativa del N. T., después de la etapa preteológica de la vida de Jesús, comenzó a partir de Pentecostés por un reconocimiento en El de la acción definitivamente salvífica de Dios y por un iluminar su personalidad a la luz del A. T. con títulos, que de algún modo podían resumir en sí algunos de los trazos fundamentales de la personalidad mesiánica de Jesús; ulteriormente las manifestaciones del Cristo Ascendido en su Iglesia continúan iluminando la reflexión eclesial sobre Jesús, su Cabeza, y es el Espíritu el que así glorifica al Señor Jesús en la Cristología de la Iglesia (cf. 16,14), como lo sigue haciendo a lo

largo de todos los tiempos. La época postapostólica desarrolla aún más los trazos cristológicos, iniciados en el N. T., sobre todo en su aspecto de vivencia eclesial, como aparece en Ignacio de Antioquía, o con un matiz de polémica, como lo muestran los escritos de Justino. Es en la época patrística cuando la reflexión cristológica se hace más sistemática, forzada también por los problemas teológicos, pero sin perder nunca su dimensión pastoral. En la Edad Media los datos conseguidos por la tradición eclesial se van puliendo sucesivamente en las diversas escuelas teológicas, a la vez que la figura de Jesús y su dimensión cristológica alientan vivamente toda la piedad. Es en la Edad Moderna cuando el estudio de las Fuentes hace volver a los orígenes de la cristología neotestamentaria a partir de una exégesis más diligente; pero estos estudios no parecen haber influido mucho en los manuales de la época, que continúan con la postura mantenida prevalentemente durante el Medioevo. Sin embargo, la continuación de los estudios críticos en la Edad Contemporánea ha abocado a una más lúcida, fundamental y complexiva presentación de la figura mesiánica de Jesús de Nazaret.

La reflexión cristológica moderna se ha basado ampliamente en los datos que ofrece el N. T. Pero en su presentación se observa también un método o un énfasis diverso, según las variadas corrientes exegeticas o teológicas. Un método analítico, que ha actualizado de algún modo la primitiva postura neotestamentaria y que estuvo representado también en otros momentos de la Historia de la Teología, como por ejemplo en «Los Nombres de Cristo» de Fray Luis de León, es el de los títulos; este método ha sido empleado para presentar la Cristología neotestamentaria en varias obras modernas. Sin embargo, otros autores han preferido usar un método más sintético y global, con el que tratan de presentar conjuntamente todos los datos del N. T., que hacen referencia a una faceta específica de la personalidad mesiánica de Jesús.

Escribir sobre Jesús de Nazaret es ya de algún modo presentar un trabajo cristológico; estos estudios abundan y cualquier intento razonable de enumerarlos rebasa estas páginas, pues existen además amplios índices bibliográficos sobre el tema. Como línea general se puede decir, con todo, que los estudios exegeticos parecen haberse mantenido en una pretendida e intencionada asepsia teológica. Pero la exégesis se encuentra naturalmente orientada hacia la hermenéutica. Y ésta ha utilizado sus datos, en orden a una presentación cristológica de Jesús de Nazaret, siguiendo sus propios intereses vitales. Así han nacido corrientes cristológicas, que tienden a reafirmar más el elemento tras-

cedente de Jesús, mientras otras se fijan con preferencia en su horizontalidad. Pero cualquiera de ellas tiene el evidente peligro de un monofisitismo. A las cristologías clásicas, que mantenían una línea netamente descendente, han sucedido algunas cristologías más recientes, en las que se observa la línea ascendente: Jesús se va haciendo Mesías e Hijo de Dios. Esto naturalmente con peculiaridades propias en cada uno de los representantes de esta tendencia.

¿Cuál de estas dos direcciones muestra el Cuarto Evangelio? Parece que el Evangelio de Juan, en línea con el resto del N. T., es el que ha sabido sortear magníficamente ambos escollos de la unilateralidad y presenta con su esquema de péndulo un Jesús que, saliendo de Dios, está también en una postura permanente de vuelta a Dios y de referencia a El, en continua tensión hacia El, más que ningún otro ser creado. Y es éste el elemento constitutivo de su personalidad mesiánica; por él Jesús aparece como el Hijo de Dios, y en esta su dimensión reside también su plena significación para el hombre. De este modo parece ajustarse el punto de vista juaneo a concepciones psicológicas modernas, según las cuales el elemento más importante en la paternidad no es la mera generación física, sino la constitución psicológica del hijo a través del dinamismo modélico paterno. El padre es el modelo primario del hijo, que es tal en cuanto se deja estructurar por él en su ser y en su obrar, y así queda dinamizado por su vida. Paternidad y filiación son siempre dos términos correlativos en su mutua intelección y en tanto se dan en cuanto existe esta correlación; y ésta ha de existir en toda generatividad, tanto biológica como psicológica. Por eso Juan presenta la postura de la filiación mesiánica de Jesús como una perenne referencia a su Padre Dios, que es quien le estructura continuamente en su origen, en sus actividades y en su fin; y, por esta referencia privilegiada a Dios Padre, Jesús de Nazaret es fundamentalmente su Hijo Unico. Juan muestra, pues, un concepto dinámico de filiación, que consiste fundamentalmente en la apertura esencial y activa del ser de Jesús para dejarse estructurar por Dios Padre, que es quien dinamiza todas las acciones de Jesús. Esta postura referencial de Jesús al Padre como elemento constitutivo de su personalidad mesiánica, según el Evangelio de Juan, es el tema de este artículo. Para Juan, el modo de la misión mesiánica —la Revelación del Padre— será también una expresión de esta postura fundamental de Jesús, óptica y radical de su ser, de encontrarse movido por Dios y de ser de esta forma el Revelador perfecto del Padre (cf. EstBi 32 /1973/ 119-138), de modo que quien se deje mover por su dinamismo pueda entrar en su

misma personalidad mesiánica, en su misma filiación, y poseer así la vida eterna, la vida misma de Dios.

No ha sido ésta siempre la presentación que la exégesis ha hecho de la cristología juanea. Es ya conocida la postura de Loisy, para quien la carne de Jesús parece no significar nada en el Cuarto Evangelio, donde sólo una divinidad se manifestaría a los hombres; la exégesis liberal por su parte insiste en la realidad humana de Jesús, sin ver en ella ninguna nota de conexión con Dios superior a la de otros profetas; así es como la concibe Harnack. Estas dos corrientes de interpretación parecen concretizarse después de algún modo en Bultmann y en su discípulo Käsemann. Según el primero, el Jesús de Juan es verdaderamente un hombre, el Revelador de Dios, pero todas las expresiones trascendentes que sobre El aparecen en el Cuarto Evangelio no son más que las expresiones gnósticas de quien afirma la grandeza de su doctrina; sin embargo, Bultmann con estas afirmaciones contradice fuertemente la presentación juanea de Jesús, según la cual la Revelación tiene como objeto la misma Persona de Jesús en cuanto unida desde los orígenes mismos de su ser y de su actuar a la Persona de Dios Padre; por otra parte, disocia también la persona de Jesús de la Historia de la Salvación, cuya unión es característica del Cuarto Evangelio; además de que Bultmann no responde a la pregunta de por qué precisamente este Jesús de Nazaret es el Revelador de Dios (sin que podamos entrar ahora en otros de sus presupuestos exegéticos). Käsemann por su parte se sitúa en el extremo opuesto: para él, Jesús es un Dios que cabalga sobre la tierra; pero así desvalora su verdadera realidad humana, su angustiosa muerte y su tensión de verdadero hombre hacia Dios, a la vez que relega totalmente a mero inventario la función de la Cruz en la vida terrena de Jesús, así como la presión que ejerce sobre El el tema de la Hora. Si Bultmann se fija en el Mesías y Käsemann en el Hijo de Dios, si Bultmann insiste en la Carne y Käsemann en la Gloria, Juan dice que es precisamente en la Carne donde se puede contemplar la Gloria del Hijo Único del Padre (1,14), porque la gloria no es la expresión de una teofanía doctista, ni la carne es la oposición gnóstica a lo divino, sino que es precisamente en la humillación de la carne hasta sus últimas consecuencias donde brilla la identidad filial de Jesús y su naturaleza de Hijo de Dios, así como se manifiesta también el ser de Dios, que Jesús revela como Amor (cp. 3,16; 14,9ss.23s; 15,9).

Después de Bultmann y Käsemann, una cristología funcional ha tratado de dar explicación adecuada a todos los datos del Evangelio de Juan sobre la personalidad mesiánica de Jesús. Según esta corrien-

te, las afirmaciones cristológicas sobre Jesús en el Cuarto Evangelio, más que afirmaciones sobre su ser, son afirmaciones sobre su obrar, sobre su función mesiánica. Ciertamente, no se niega que la operación sigue al ser y que Jesús obra concretamente de este modo porque El es precisamente de este modo, pero se pone el acento interpretativo en la dirección soteriológica de todas las afirmaciones cristológicas del Evangelio de Juan. Esta dirección, sin embargo, junto con todos sus méritos —que los hay también en las otras posturas, aunque unilaterales—, tiene el peligro de separar el ser del obrar. Y es precisamente lo que Juan trata siempre de asociar, al insistir en la postura de Jesús como brotando de su propio ser, que es la causa perenne de su actuar.

Pero Juan llega al ser de Jesús a través de la contemplación de su actuar. La constatación atenta del actuar de Jesús, iluminado interiormente en el discípulo por la acción del Espíritu, es la que le revela a su amor toda la dimensión del ser de Jesús; sus afirmaciones históricas alcanzan así una dimensión peculiar. Y es a través de su postura de apertura total a Dios a lo largo de toda su vida, desde donde Juan concluye a su postura esencial de la apertura de todo su ser a Dios Padre (1,1); así como de su mediación en la salvación (14,2), podrá concluir a la mediación en la creación, ya que el Hijo ha de devolver al Padre sin pecado y sin muerte (14,6) la obra que por El salió de Dios sin pecado y sin muerte (1,3s).

Todo esto aparece programáticamente enunciado en el Prólogo teológico del Evangelio (1,1-18). La postura de Jesús está definida por tres preposiciones, correlativamente balanceadas, que muestran su relación con Dios Padre; son éstos los tres momentos típicos, que manifiestan la teología pendular, propia de Juan, y también de otros escritos del N. T.: Jesús de cara a Dios (1,1), Jesús enviado por Dios (1,14), Jesús glorificado en Dios (1,18). Si este tercer momento concluye el movimiento dinámico de quien, cumplida su misión, vuelve al seno del Padre, recibiendo plenamente su amor (10,17) y entrando de forma definitiva en su gloria (17,5), los otros dos momentos definen la característica más propia de la personalidad de Jesús y su más íntima postura como esencial relación a Dios Padre. Juan con la repetición del v. 2 insiste en lo que para él es más fundamental en su primera afirmación: que «la Palabra estaba de cara a Dios». Y esta postura inicial y radical de Jesús de cara a Dios en su esencia divina es la que posteriormente determina también toda su existencia humana en situación de misión, caracterizándola como apertura a la contemplación de Dios Padre, de forma que Jesús no hace nada por su propia

cuenta (6,38s), sino que actúa como ve obrar a su Padre Dios y como El se lo muestra (7,16; 8,26.30.50). Es así como el Hijo de Dios aparece y actúa en este mundo, como enviado de junto al Padre (1,14) y reflejo de su Gloria, la que se manifiesta en todas sus palabras (17,14a. 26a) y en sus gestos (2,11b) y que es la expresión plena del amor fiel de Dios, del que todos están llamados a participar en Jesús (1,17). Juan, que ha contemplado el actuar de Jesús durante su vida pública en la plenitud de su apertura a Dios, ha profundizado en el significado de esta postura y ha llegado a la conclusión, expresada en el Cuarto Evangelio, de que la postura humana de Jesús ante Dios Padre es el reflejo de su esencial relación a Dios en el seno del Padre (1,18). Y esto es lo que ha quedado plasmado de forma programática y teológica en el primer prólogo del Evangelio. El resto de la obra evangélica dejará patente en selectos momentos vitales de Jesús esta su postura de filiación mesiánica, cuya esencia radica en la plena y fundamental receptividad del Hijo para con el Padre.

Esta pasividad esencial se explica, según el esquema presentado en el Prólogo, en un triple momento vital: el del envío, el de la actuación y el de la referencia. El Hijo está constituido como tal precisamente por la misión; El por su parte la vive en todas sus actuaciones, y de este modo su fin coincide con su mismo origen; la última referencia de su ser estriba necesariamente en la razón misma de su ser, en Dios Padre. Estos tres momentos aparecen luego subrayados a lo largo del Evangelio en diversos momentos de la vida de Jesús. La postura personal de Jesús, que en ellas aparece, será, pues, la que manifieste la filiación mesiánica de Jesús, quien se muestra recibiendo todo de Dios, actuando consiguientemente en Nombre de su Padre y orientado vitalmente hacia El.

También el prólogo histórico, que abarca el ministerio inicial de Juan Bautista (1,19-34), presenta esta misma imagen de Jesús, ahora ya con el título de Cordero de Dios. Cada una de las tres acepciones, en las que se puede tomar este título, representa un aspecto de la personalidad mesiánica de Jesús en su conexión con Dios; y este título (1,29) se encuentra en el texto evangélico literariamente balanceado con el título de Hijo (Elegido) de Dios (1,34), uniéndose así ambos títulos en la referencia a la filiación mesiánica de Jesús. Si el título de Cordero de Dios hace alusión a la figura del Cordero apocalíptico, su sentido indicaría que se trata de un hombre «puesto por Dios» y así se referiría al momento inicial de la constitución mesiánica de Jesús; si de otro modo este título alude al Cordero pascual, su inmediata significación sería la de un sujeto «previsto por Dios» y le mostraría

en conexión con El a lo largo de toda su existencia; mientras que si el título indica la figura del Siervo de Yahweh, estaría refiriéndose a su postura referencial de «entregado a Dios». El evangelista mantiene probablemente los tres sentidos, ya que el primero corresponde más propiamente a las expectativas y a la predicación de Juan el Bautista y, profundizando en su contenido, el evangelista llega a presentar a Jesús como el verdadero Cordero pascual (así lo interpretan en general los PP. occidentales) y también como el Siervo (así lo prefieren con frecuencia los PP. orientales); trazos de ambos theologóumena aparecen en diversos momentos de las páginas evangélicas. En este mismo pasaje del prólogo histórico se observa también cómo el evangelista deduce la filiación mesiánica de Jesús de la presencia permanente del Espíritu sobre El (1,33s); la plenitud del Espíritu, que le viene de Dios, le muestra como a su Hijo; y ella hará que a lo largo de toda su vida Jesús vaya apareciendo como tal Hijo de Dios, al sentirse dinamizado por el Espíritu de Dios, y al mismo tiempo esta filiación mesiánica, determinada por la posesión plena del Espíritu, es también la razón de la eficacia ministerial de Jesús, que llega a «sumergir en el Espíritu» y a poder así «quitar el pecado del mundo» (1,29.33), funciones ambas expresadas también con los mismos títulos en forma de inclusión en esta perícopa evangélica.

Por otra parte, en el prólogo kerygmático, en el que se presenta la primera llamada vocacional a los discípulos y su respuesta a Jesús con las confesiones propias de la fe (1,35-51), la prueba de la filiación divina de Jesús y de su consiguiente realeza mesiánica sobre Israel —es decir, la muestra de su ser y de su función, de su función a partir de su ser— se coloca en la visión, que descubre en Jesús la eternización de Beth-El, el Nuevo Templo de Dios, cuya principal característica consiste en encontrarse lleno de Dios y, consiguientemente, en ser el punto máximo de la Revelación de Dios (1,49.51). La misma referencia evangélica al Cuerpo de Jesús como Templo de Dios (2,21) estará también indicando esta inhabitación de Dios en Jesús y al mismo tiempo su total consagración a Dios en fuerza precisamente de la presencia divina en El.

A cualquier lector atento del Evangelio le impresiona además el descubrir que Juan multiplica en este capítulo primero de su obra, que consta de los tres prólogos —teológico (1,1-18), histórico (1,19-24) y kerygmático (1,35-51—, los títulos aplicados a Jesús. Son 25 títulos, mientras que en el resto del evangelio aparecen tan sólo 10 títulos nuevos. Esto indica la insistencia juanea en la cristología ya desde el comienzo de su obra, que responde además a las necesidades concretas

de su Iglesia. La concentración cristológica, nota típica del Cuarto Evangelio, aparece ya desde el principio, y en esta presentación inicial de Jesús no deja el evangelista de indicar la esencial referencia de la postura personal de Jesús hacia Dios Padre como determinante de su filiación mesiánica; en el resto de la obra el autor lo dejará claro también en muchos momentos, al presentar el origen, la actuación y la referencia final de Jesús.

* * *

En primer lugar, el evangelista presenta la conciencia que muestra Jesús de que *El está determinado en su ser y en su obrar por la acción originante y constituyente de Dios, su Padre.*

Jesús confiesa que su ser está determinado por Otro, el Transcendente, su Padre del Cielo (11,43). Lo que en el evangelio está claramente indicado, en el proceso ante Pilato aparece en forma de pregunta —«¿de dónde eres Tú?» (19,9)—, como queriendo confrontar al lector con su propia atención en la lectura evangélica, para ver si es capaz en este momento de responder al interrogante, que ha estado continuamente planteando el Evangelio como alusión al origen trascendente del ser y del obrar de Jesús: «¿de dónde...?» (1,48; 2,9; 3,8; 4,11; 6,5; 7,27s; 8,14; 9,29s; 19,9). Para el evangelista, el origen de Jesús se encuentra «arriba»; El «es de arriba» (3,31; 8,23); de Dios (3,2; 6,46; 7,17; 8.40.42.47; 13,3; 16,27.30); su ser está esencialmente vinculado a Dios y procede de El con una existencia anterior a la de Abraham (8,58) e incluso anterior a la del mundo (c. 17,5), cuando recibió una Gloria, un ser luminoso y potente, el Nombre mismo de Dios, que su Padre le comunicaba, al conferirle su mismo Ser. La fórmula «ser de» Dios en el contexto evangélico está siempre indicando que la raíz dinámica del ser de Jesús y de su actuar se encuentra en Dios, que Jesús se halla esencial y vitalmente enraizado en Dios y que de El procede consiguientemente toda su operación. Por eso se puede afirmar que «su Reino no es de aquí» (18,36), que la realeza de Jesús —la misma de Dios— no recibe de este mundo la razón última de su existencia ni tampoco sus determinaciones fundamentales. Por otra parte, lo que a nivel de constitución vivencial significa el «ser de Dios» se define como «escuchar la Palabra de Dios», es decir, tenerle a Dios y a su voluntad como el principio radical de la propia constitución vital (8,47 a cp. 4,34); es de Dios precisamente aquel que, atendiendo al Señor, hace de su Voluntad el fundamento de su propio ser y de su actuar. De este modo, Jesús es siempre de Dios y como tal se manifiesta, en cuanto que apa-

rece estructurado solamente por Dios en todo su ser y en cada una de sus actuaciones.

Pero Jesús no sólo afirma que es de Dios, sino también que «es de junto a Dios» (7,29; 9,23), es decir, que «viene de Dios», que procede de El en un movimiento continuo de misión y que se encuentra como viniendo perennemente de El, procediendo de El; y así se vivencia siempre como movido por Dios. Esto es lo que significa que Jesús «ha venido de arriba» (3,31), que «ha salido de Dios» (16,27s.30). Además queda claro en el evangelio que esta salida Jesús no la ha realizado por iniciativa propia como último determinante, que El no se autoenvía ni viene por sí mismo, sino que «ha sido enviado por su Padre Dios» (6,38; 8,42); de este modo la raíz de su misión, como la de su ser, se halla en Dios y Jesús se encuentra siempre a lo largo de su existencia como enviado de Dios (8,42b). Por otra parte, esta venida de Jesús desde arriba, de junto a Dios, desde el seno del Transcendente, esta procedencia real de Dios, a diferencia de cualquier otra realidad que se pueda conectar con el cielo (cf. 6,32s cp. 1,6ss; 5,33-37a; 1,18), es lo que le confiere a Jesús su auténtico y definitivo sentido para el hombre como «verdadero Pan del Cielo» (6,63), en cuanto que El puede comunicar la auténtica vida de Dios, porque El la posee en Dios y desde Dios ha sido realmente enviado por El al mundo.

La vinculación de Jesús con Dios aparece definida en el Evangelio de Juan como la propia del Hijo, del Hijo Unico; una filiación típica de Jesús y que es distinta a la de cualquier otro rey o profeta del A. T. Precisamente por la afirmación explícita de esta singularidad los judíos le querían apedrear a Jesús; porque se había hecho igual a Dios (5,18); y también, porque se había declarado como «Hijo de Dios» de este modo singular, es por lo que los judíos clamaron ante Pilato diciendo que debía morir (19,7). La filiación de Jesús aparece, pues, inserta en el mismo Misterio de Dios, no se adecua con ninguna otra filiación intrahumana y su mismo ser mantiene una nota de vinculación esencial con el Transcendente de modo único y peculiar. Pero esta vinculación de Jesús con Dios, esta generación de Jesús por parte de Dios aparece realmente como una generación dinámica, que se explicita del modo mejor como «misión». Jesús es «enviado de Dios» (3,34; 11,42), Jesús está salido de Dios; y es a este Dios, que le envía, a quien Jesús denomina «Padre», indicando así que el título de la Paternidad de Dios para con Jesús lleva indisolublemente unida la idea de dinamismo vital (5,36; 8,18.49; 12,49; 20,21). El Padre es el que envía a Jesús y es Padre en cuanto le dinamiza vitalmente, aunque la paternidad de Dios respecto a Jesús sea como tal anterior lógicamente

a su misión al mundo; sin embargo, esta misión no se puede entender independientemente de la paternidad de Dios respecto a Jesús y de la filiación de Este para con Dios como Padre suyo propio (5,18).

Es en el acto de la misión de Jesús por parte de Dios donde el evangelista insiste especialmente, al presentar las relaciones del Padre para con Jesús y al describir sus actuaciones paternas y estructurantes respecto a El, a su vida y a todos sus movimientos. El acto de la misión está definido en el evangelio como «el sello de Dios» para con Jesús (6,27), la acción por la que el Padre le santifica (10,36ss), es decir, le vincula a Sí de un modo único para la misión y de esta forma le glorifica en primera instancia (8,54), al religarle indisolublemente a su propia Gloria, concediéndole su propio ser y su propio dinamismo. Todo esto lo realiza Dios Padre en el acto amoroso de engendrar a su Hijo Jesús (cf. 17,24b), al concederle su propio Espíritu (3,34s), su mismo principio vital (5,26; 6,57a) y al dinamizarle por la contemplación de su vida íntima para la misión (5,20); es por ahí por donde el Padre le da a Jesús el encargo de lo que tiene que hacer y decir (12,49s) y por este proceso le otorga el realizar sus propias obras divinas (9,4 cp. 5,27). Jesús sabe también que es el Padre quien le ha señalado la Hora de su realización definitiva (7,30; 13,1) y quien le ha dado el cáliz que le toca beber (18,11) y es sólo el Padre quien puede adjudicar cualquier poder delegado sobre Jesús (19,11). El Padre, junto con la misión, le entrega también a Jesús todos aquellos a quienes va dirigida la misión: le entrega los hombres (cf. 17,2), especialmente quienes han de ser suyos por la fe y el amor (18,9 cf. 6,39). El Padre, pues, le entrega todo a Jesús y todo se lo encarga; le confiere la plenitud de la revelación y le ofrece la plenitud de los hombres. Y, para llevar a cabo esta misión, le transmite el encargo de entregar la vida, pero para tomarla de nuevo, es decir, le dinamiza para la muerte y la resurrección, para todo el Misterio Pascual; y es precisamente por este encargo, que le dinamiza, por donde Dios Padre le concede la vida eterna (12,49s), la vida misma de Dios, quien de este modo aparece como su Padre y Jesús queda realmente constituido como el Hijo Único de Dios. Y a través de este proceso es precisamente también como el Padre hace donación de su Hijo Jesús al mundo, al que lo entrega como el Pan vivificante de su vida (6,32); aquí se muestra además en último término siempre Dios Padre como el Verdadero y el Fiel a sus eternas Promesas (7,29; 8,26). Pero lo que principalmente muestra el Padre en toda esta dinámica de la generación es su amor, al entregar el amor como su propia vida, pues Dios es Amor (cp. 1Jn 4,8b); el amor se halla primariamente en Dios como en su fuente y

desde El brota todo el dinamismo del amor. Dios es Bien Comunicativo, Dios es creador de amor y es El quien inicia todo el proceso del amor, que respecto a Jesús lo patentiza la dinámica de la filiación y de la misión (10,35 cp. 3,35; 5,20); luego, por esta misma misión y por la inserción en su filiación, el amor de Dios se prolonga también a los demás hombres, unidos a Jesús (cf. 15,9; 20,21 cp. 3,16; 20,17; 1,12).

Al acto estructurante y activo de Dios Padre responde Jesús en el momento mismo de la constitución de su ser con la postura típica de la filiación, que es la de pasividad esencial o —lo que es lo mismo— la de actividad receptora, al percibir del Padre todo su ser, y con él también su dinamismo vital y mesiánico. Jesús recibe del Padre, en primer lugar, su propia vida: Jesús vive por el Padre que le envía y en quien reside la fuente de la vida (6,57); Jesús vive a través del dinamismo de vida eterna, que le infunde la misión de Dios, su Padre (12,49s). Jesús acepta además la enseñanza que el Padre constantemente le imparte y a través de ella obtiene el contenido de su misión, con el que se siente movido al ejercicio de su ministerio (7,16); de este modo Jesús acoge de Dios Padre todo su dinamismo misionero (3,34) y asume también en pasividad actuante todas las obras que el Padre le capacita para ejecutar, las obras que el mismo Padre realiza a través de Jesús y en Jesús; estas obras son consiguientemente obras de Dios, son las obras del Padre, que le ha enviado a Jesús y que es quien le dinamiza por su misión (9,4 cp. 14,10). Esta colaboración mutua del Padre y Jesús en la obra salvífica es lo que constituye la raíz última del mesianismo de Jesús, quien se siente movido a obrar en fuerza de la contemplación del actuar de su Padre, que de este modo le estructura a Jesús como a Hijo suyo propio (5,19s); y son estas obras conjuntas de Jesús y del Padre las que demuestran que Jesús se siente en todo dinamizado por Dios. Esta obra salvífica conjunta es precisamente la que se realiza en la máxima Unidad, en la Unidad típica del Padre y del Hijo (10,28ss): del Padre en cuanto estructurante y dinamizante de la vida de su Hijo Jesús, y de Jesús como Hijo de Dios en cuanto engendrado y movido por esta vida de su Padre Dios. Y estas obras, que Jesús «muestra» y que son «buenas» por mesiánicas y salvíficas, las muestra como «procedentes» del Padre, es decir, estas obras mesiánicas de Jesús aparecen originadas en Dios como Padre de Jesús, porque Este las realiza en dependencia vital de su Padre Dios (10,32a). De esta forma, estas mismas obras, realizadas en Nombre de su Padre, bajo su dinamismo y con su autoridad, son las que dan testimonio de lo que Jesús es, el Hijo de Dios, y así demuestran su filiación mesiánica (10,15) y actualizan a su vez la pre-

sencia sinérgica de Dios Padre (5,43; 14,10s), que con su acción paterna le está determinando a Jesús por el dinamismo de la misión. Desde aquí deduce el evangelista que contemplar a Jesús es contemplar al Padre (12,45; 14,9) y que conocer al Hijo como a tal es también conocer al Padre, que es quien le engendra y le estructura (8,19; 14,7).

El Padre, pues, según el Cuarto Evangelio, le habla a Jesús (cf. 8,26), se le manifiesta en la plenitud de su vida (8,38 cp. 3,11; 5,19s; 6,46) y le enseña íntimamente (8,28). Por su parte, Jesús actúa al ritmo de la actividad dinamizante de su Padre, ya que no puede realizar nada por sí mismo, sino lo que oye de Dios (5,30). Y aquí reside precisamente, según el evangelista, la prueba más auténtica de su identidad y de su filiación mesiánica: el Hijo es muestra como tal, al no hacer nada por propia iniciativa (cp. 6,38), al no presentar ningún principio independiente de vida ni de actuación, sino al sentirse en todo dinamizado por su Padre Dios hasta el anonadamiento propio y total en la muerte (8,28). Y es aquí donde aparece la estructura dinámica de su filiación mesiánica, y aparece también que el binomio paternidad-filiación está constituido por el principio de estructuración dinámica: el Hijo realiza lo que ve al Padre y lo que oye de El (8,38), pues el Hijo tiene que llevar a cabo —para ser tal Hijo— las obras de su Padre (8,39), —¡de tal Padre!—, que mora en El con su dinamismo original e impelente (14,10) y que de este modo nunca le deja solo en el cumplimiento de su misión (8,16-29), ya que Dios es en todo momento el Padre de Jesús y Jesús se comporta en todas sus actuaciones como el verdadero Hijo de Dios, como quien se estructura sólo a través de la voluntad vitalizante de Dios (16,32). Y así Jesús honra al Padre que le ha enviado (8,49), al reconocerle como el Mayor (10,28ss cp. 14,28b β) y el principio dinamizante de su vida y de su misión.

De este modo Jesús con sus actuaciones mesiánicas y filiales está dando testimonio de lo que ha visto y oído (3,11.32), de su propia experiencia; da testimonio de Sí, de su propia identidad; y lo da y lo puede dar porque tiene conciencia perfecta de su origen y de su fin (8,14), porque sabe quién está al principio de su ser, de su vida y de su misión, y porque es consciente también de que el originante de toda su actividad es además el último fin de la misma. A partir del dinamismo de Dios, Jesús hablará al mundo la Verdad que ha oído de su Padre Dios a lo largo de toda su existencia (8,40) y en esta su actividad misionera permanecerá siempre en referencia a su Padre, como escuchando perennemente de El, que es el Verdadero (cf. 8,26), para poder así dar testimonio de la Verdad, de Sí mismo, que es la Verdad (14,6 cp. 18,37-39a) como Revelación plena del Verdadero, del

Dios que se hace diáfano en Jesús. Precisamente el carácter de Jesús como el Revelador definitivo y pleno de Dios es lo que le muestra como salido de Dios (16,29s), como dinamizado por Dios Padre y estructurado por El en cuanto Hijo enviado en misión.

* * *

Si el ser de Jesús «de junto a Dios», si su salida de Dios como Hijo suyo y su venida al mundo como Enviado de Dios muestran que el momento originante de la filiación de Jesús está determinado por un dinamismo vital, que se muestra en el acto de la misión y en la recepción activa de esta misión, también *en su ministerio Jesús aparece plenamente como Hijo de Dios, al sentirse determinado por su Padre Dios* en todas y cada una de sus actividades misionero-mesiánicas, en toda la vivencia de su ser filial.

Ya al comienzo de su vida pública, después del capítulo introductorio, presenta el evangelista un díptico —Caná y el Templo—, en el que muestra la total referencia de Jesús, el Mesías y el Hijo, a su Padre Dios. La gloria del Hijo del Hombre, en cuanto tal conectado con el cielo y cuya visión Jesús había anunciado a sus discípulos (cf. 1,51), comienza a realizarse en el primer signo programático de Caná de Galilea: en un «tercer día» de tanta evocación pascual y en el contexto de una «Hora» típica, que sólo puede ser fijada por su Padre Dios, muestra Jesús una redimensión en las relaciones con su Madre, para expresar de este modo su clara filiación divina, su conexión última con su Padre Dios y su dependencia absoluta de El en todas sus actuaciones, sin ningún otro principio estructurante o vital; este quedarse sólo con su Padre Dios, que se realizará de forma más dramática en el momento de la Cruz (cf. 19,26), es precisamente la clave para la manifestación de su Gloria, de su identidad, y ahí reside también su capacidad para la donación de la alegría de los bienes mesiánicos (2,4s.10). Por otra parte, en el segundo cuadro, y en contraste con la situación en Galilea de los Gentiles, aparece Jesús en Jerusalén, en el Templo, en la Pascua de los judíos como en un anticipo de su realización final; en este momento Jesús hace un gesto con el que quiere dar a entender de modo patente la naturaleza de su predicación, que apunta además a la vivencia más íntima de su ser: no se puede hacer de la Casa de su Padre una casa de comercio, no se pueden tergiversar las relaciones del hombre con Dios, no se puede usar a Dios para los caprichos humanos, sino que hay que mantenerle siempre como el Ma-

yor y el determinante último del modo auténtico de las relaciones del hombre con El (2,13-16).

Y no sólo al principio del Libro de las Señales; también en su curso se hacen notar hechos típicos de Jesús, en los que aparece su total dependencia y conexión con el Padre que le ha enviado, como acontece, por ejemplo, en las obras más significativas, como son la curación del ciego de nacimiento (9,3s) y la resurrección de Lázaro (11,4); pero más aún al comienzo del Libro de la Gloria el evangelista tiene interés en poner de relieve el gesto de Jesús en el Lavatorio de los pies, enmarcado en la conciencia que tiene el Señor de su movimiento pendular, pues habiendo salido de Dios como originante de su misión, ahora vuelve al Padre que le ha puesto todo en sus manos, una vez realizado su ministerio de amor; esta función se actualiza de modo eminente en la humillación de la Cruz, por cuyo gesto revelador Jesús purifica de los pecados, y esto precisamente es lo que se dramatiza modélica y estructuralmente en el Lavatorio de los pies (13,8 cp. 15,3).

Pero no sólo los gestos de Jesús, también y sobre todo las explicitaciones que presenta el evangelista sobre todas sus actitudes están marcadas por esta conciencia de su total dependencia filial del Padre, que le mueve en su misión. El Padre le entrega a Jesús al mundo para una misión (6,32 cp. 3,16) y para ello le sella (6,27); por esto Jesús se siente enviado de junto a Dios (9,33) y permanece siempre como el Santo de Dios (6,69), el consagrado a Dios en virtud de su misión y el entregado al mundo como santificador por su obediencia y por su respuesta personal a la misión; por esta obediencia las obras que realiza Jesús son las obras del Padre, son obras divinas, porque el Padre aparece en Jesús dinamizándole para la actividad y Jesús por su parte se encuentra en todo momento enraizado en Dios Padre; de este modo le actualiza (10,36ss) y por la Palabra de Jesús —que no es suya, sino del Padre que le ha enviado (14,24)— es el mismo Padre quien purifica y santifica a los hombres (15,2s). Por estas audaces afirmaciones en boca de Jesús sobre su relación con Dios los judíos llegan a concluir que se hace a sí mismo Dios (10,33), el Hijo de Dios (19,7); y como consecuencia de esta filiación tan típica (5,18) y por sus especiales conexiones con Dios Padre Jesús llega a pedir a sus discípulos que depositen en El la misma fe que tienen para con Dios (14,1).

Estas conexiones entre Dios y Jesús son, para el evangelista, las que se establecen a partir de una misma vida común: el Padre, fuente de la vida, se la comunica a Jesús con su misión y Jesús vive de esta vida eterna de Dios (6,57; 12,50a), por lo que se da una igualdad entre ambos en el poseer la vida divina interiorizada (5,26) y en la capacidad

para comunicarla (5,21). El Padre y Jesús actúan conjuntamente en la obra salvífica, pues la filiación de Jesús por su estructura dinámica queda configurada a partir de una aceptación de la vida de Dios y se prolonga en una típica operación común de misión (5,17; 10,28ss; 14,10), de tal forma que el Hijo, que no puede hacer nada por sí mismo, realiza sin embargo todo lo que ve operar al Padre (5,19); así el Hijo está constituido precisamente por la estructuración de vida que el Padre dinamiza en El (8,38), pues el Hijo en cuanto tal es el que vive con la misma vida de su Padre y el que ejercita las mismas obras de Aquel que le envía (8,39; 9,4).

Esta vida y operación del Hijo lógicamente se alimenta del cumplimiento de la voluntad de su Padre que le ha enviado (4,34); por eso Jesús vive siempre con la vida de Dios, porque no busca su voluntad, sino la del que le ha enviado (5,30). Así lo afirma en el evangelio el ciego de nacimiento, cuando niega toda desconexión entre Jesús y Dios, al definirle como «piadoso», como persona que cumple siempre la voluntad divina (9,31); por esta escucha de Jesús al Padre se realiza la sintonía de voluntades, y en fuerza de esta sintonía Jesús no se encuentra nunca solo: el Hijo no existe sin el Padre, ni el Padre es tal sino en el Hijo (8,29). En contraste con la postura abierta del ciego, los judíos se admiraban desconfiadamente de que Jesús fuera realmente una persona versada en la comprensión de la Palabra de Dios, porque les parecía que no había aprendido al modo humano normal (7,15); sin embargo, Jesús tiene un maestro original: El aprende de su Padre Dios (7,16) y de tal modo es fiel a esta enseñanza que la doctrina de Jesús no le es propia, es decir, no brota de El, sino que procede del Padre, que le ha enviado; sólo quien tenga capacidad de apertura a Dios podrá captar en una sintonía con la postura más íntima de Jesús —la de su total receptividad— que su enseñanza no le es original, sino que proviene de Dios, ante quien Jesús se encuentra siempre plenamente abierto (7,16). Por esta su experiencia vital Jesús puede afirmar que «conoce a Dios», que tiene una sintonía amorosa con El; Dios le revela su voluntad y Jesús por su parte la ejecuta en unidad de amor con El, porque guarda su Palabra; si dijera lo contrario, si pronunciara la fórmula del ateísmo —«no le conozco»—, sería un mentiroso existencial, al desconexionarse de la Verdad, como lo estaban haciendo prácticamente los judíos (8,55). La desvinculación de Dios es la mentira religiosa (cp. 1,47), el no permanecer en la Verdad, el no encontrarse enraizado en ella y dinamizado por ella; éste es el caso de quienes realizan las concupiscencias de su padre, del Malo, de quien es padre por el impulso del instinto como único principio estructurante

en una personalidad desordenada (8,44). En Jesús esta postura era imposible, nadie le pudo convencer de pecado (8,46), pues era impensable que Jesús no se alimentara siempre de la voluntad de su Padre y pudiera no beber el cáliz, aunque fuera de dolor, que su Padre le presentaba (18,11).

Esta postura de Jesús se concreta en la referencia perenne a la experiencia de Dios, que El mantiene a lo largo de todos sus actos. Al amor inicial, que el Padre le ha conferido con la misión (cf. 3,35; 5,20), Jesús responde con el amor de su obediencia (10,35) hasta la muerte (14,31), y así también actualiza con la misión el amor del Padre y del Hijo al mundo (15,9 cp. 13,1; 20,21), al revelar todo lo que ha oído de su Padre en perfecta fidelidad a su enseñanza y a su estructuración paterna (15,15), ya que Jesús no se autoenvía, no viene por sí mismo, sino que está siempre bajado del cielo no para hacer su voluntad, sino la voluntad del que le ha enviado (6,38), y así actúa en todo momento como el apóstol, el misionero y el enviado de Dios, su Padre (8,42). Jesús concibe toda su personalidad como esencialmente relativa en todos y cada uno de los momentos de su existencia, tanto en el origen de su misión como en la continua respuesta suya a ella. El Padre le ha concedido a Jesús su gran amor de respuesta, al darle con la misión la gran posibilidad de entrega a Dios en el supremo grado de la filiación y del amor por un dejarse estructurar por su Padre en la ausencia de todo egoísmo hasta la muerte y una muerte de Cruz (10,17; 8,28). Y lo que para Jesús es obediencia ante Dios, es al mismo tiempo libertad ante los hombres (10,17ss), pues obediencia y libertad son dos caras de la misma moneda, son dos consecuencias correlativas de la filiación mesiánica de Jesús: Jesús tiene por Padre y por principio estructurante de su personalidad solamente a Dios y desde El se siente libre ante cualquier otra determinación creada.

La consecuencia de esta obediencia filial es la capacidad para la revelación plena. Jesús es el Revelador perfecto de Dios, porque nada se interpone entre el Padre y El. Jesús habla como se lo ha encargado su Padre y comunica lo que ha recibido de El, primariamente su propio Nombre divino, su mismo ser. Jesús, que no habla por sí mismo, habla sin embargo de Sí mismo (12,49s); El es el objeto primario de su revelación, porque al revelar su propio ser de Hijo está revelando al Padre, al mostrar el dinamismo de Dios en El está dejando entrever al Padre que le envía (14,9-12). Por eso en el Cuarto Evangelio el contenido fundamental de la Revelación de Jesús es su misma personalidad filial en cuanto estructurada dinámicamente por su Padre Dios (8,26) y, al comunicar lo que ha recibido de Dios, Jesús se comunica

en primer lugar a Sí mismo, pues es su mismo ser lo primero que ha recibido, su ser filial. Al dar testimonio de este dinamismo de Dios en El (10,32a), está dando testimonio de la Verdad (18,37), que ha recibido de Dios (8,40), es decir, está manifestándose a Sí mismo como Verdad, como Revelación perfecta de Dios (14,6).

El testimonio de Jesús depende de lo que ha visto y oído de Dios (3,22 cf. et.6,46; 8,4.26.28.38) y su actuar manifiesta su ser; Jesús no puede hacer nada por sí mismo, sino que en todo depende esencial y constitutivamente de Dios (5,30). Este actuar perenne de Jesús en dependencia plena de Dios, sobre lo que el evangelista Juan tanto insiste, está apuntando también a la constitución esencial de la filiación de Jesús en línea dinámica: Jesús es el Mesías obediente y el Revelador pleno, porque El es el Hijo, estructurado en todo su ser y su obrar por su Padre Dios. Al misterio de las profundidades de su ser y de su obrar apela Jesús en sus discusiones con los judíos, cuando afirma la con—sciencia íntima que posee de su origen y de su fin (8,14); nadie, por tanto, que no reconozca el dinamismo de Dios en El, ninguno que se quede en las apariencias externas, podrá contradecir válidamente esta su afirmación fundamental, que depende de la experiencia interna que el mismo Jesús posee (8,15). La misma oración la emplea El en algunas ocasiones, para restar toda posible ambivalencia interpretativa a sus gestos; con ella da sentido a su actuar, al presentar en su oración pública sus propias capacidades mesiánicas como dependientes de la voluntad de Dios (11,41s) y al mostrar la certeza de que siempre se siente asistido por su Padre Dios en todos los momentos de su misión, y más aún en el momento supremo de su Hora (13,1), cuando ha de tener lugar la revelación más patente de su filiación por la obediencia hasta la muerte, por la entrega plena y amorosa a Dios su Padre en la Cruz (16,32). La misma relación con los suyos la vive Jesús en estrecha dependencia de Dios y pone su cuidado en no perder ninguno de los que el Padre le ha dado (18,9 cf. 6,39).

Todo esto le constituye a Jesús en la presencia perenne de Dios. Prueba de ello son también los típicos «Yo soy...», que aluden a las presentaciones de Yahweh en el A. T. y que actualizan su valor salvífico en las actuaciones mediadoras de Jesús, sobre todo con títulos tan propios de Dios en la tradición judía como la Luz (8,12; 9,5; 12,46) y la Vida (10,25; 10,6a cp. et.6.48; 10,9.10b). Por esta conexión de Jesús con Dios también la acción crítica y judicial de Dios se ejerce válida y definitivamente a través del Hijo (5,26s; 8,16). Pero esta presencia de Dios en Jesús aparece esencialmente condicionada al envío y al dinamismo de la misión; y su consecuencia inmediata es que recibirle

a Jesús es recibir también al Padre que le envía (13,20). Jesús se muestra en este proceso como Camino hacia la Vida, cuyo origen está en el Padre, en cuanto que Jesús es la Verdad, la Revelación plena del Padre y su presencia; nadie puede llegar al Padre sino por El y en El, ya que el Padre como Vida se hace plenamente presente en Jesús por el dinamismo de la misión (6,57; 12,49s), de forma que por el reconocimiento de este dinamismo, por el conocimiento pleno de Jesús, se conoce indisolublemente al Padre, que le envía, porque el Padre está en Jesús engendrándole a la vida y moviéndole a la misión y Jesús se encuentra por su apertura filial enraizado en el Padre, que es la fuente y el origen de su ser y de su obrar. Por eso todo lo que dice y hace Jesús no lo hace por su propia iniciativa o a partir de un dinamismo independiente de Dios; todo eso no dimana de sí como de último principio de actuación, sino del Padre, que, presente en Jesús, realiza sus propias obras divinas a través y por medio de Jesús con un único dinamismo, aunque con diversa causalidad. Más aún, este dinamismo se ejercita de forma más intensa una vez que Jesús ha completado la misión de su vida pública, porque entonces posee una fuerza nueva desde Dios, para mover también a todo el que se entregue por la fe al dinamismo de Jesús; la contemplación de Jesús engendra en el hombre su mismo dinamismo, que es el dinamismo de Dios, y por eso todo lo que brote del corazón del hombre al ritmo de sus deseos en la fe y en el amor, todo lo que se desee en el Nombre de Jesús, bajo su Revelación y para su Misión, El lo realizará, será su obra, la obra de Dios; de tal forma que aparezca el dinamismo de Dios Padre a través de su Hijo en la vida de los suyos. Es así como Jesús permanece siempre Camino para Dios, en cuanto que El está movido por Dios y lleva también a Dios a todo aquel que se entregue a su dinamismo, radicalmente originado en el Padre Dios (14,1-14).

La razón de toda esta virtualidad mediadora y mesiánica de Jesús estriba en que posee en plenitud el Espíritu de Dios y así puede comunicar al hombre plenamente la realidad de Dios y su voluntad, con toda la fuerza motriz que esta Voluntad encierra (3,34). Y si la nota constitutiva de la filiación de Jesús radica en el dinamismo vital que le infunde Dios Padre, la postura de esta filiación mesiánica se manifiesta en la realización por parte de Jesús de la obra que el Padre le ha encomendado llevar a cabo (5,36b). Y aquí reside precisamente la raíz de la glorificación de Dios y de Cristo, en cuanto que en esta postura se manifiesta la gloria y el ser de Dios Padre en la vitalización de su Hijo Jesús, que acoge plenamente el dinamismo de Dios. El Hijo es plenamente glorificado, cuando aparece su gloria, cuando se mani-

fiesta su ser de Hijo, cuando se revela lo más íntimo de su relación con Dios Padre y esto tiene lugar precisamente en el momento de su obediencia plena (12,23), cuando queda patente su filiación mesiánica, al mostrar que no hace nada por sí mismo, sino que actúa como el Padre le encarga (8,28). En esta situación Jesús experimenta la vida eterna (12,50) y con ello recibe la gloria del Padre. El evangelista hace notar con su ironía típica en el episodio de la resurrección de Lázaro que Jesús tiene que morir precisamente porque ha dado la vida; en este sentido, la enfermedad de Lázaro no es para muerte, no termina en muerte, ni para Lázaro, ni menos para Jesús, sino en gloria; porque por ella será glorificado el Hijo de Dios, aunque a través de la muerte (11,4), ya que por ella no sólo aparece su poder mesiánico, sino que ella será ocasión de la muerte de Jesús, pero también consiguientemente de su resurrección con todas las consecuencias que en orden a la fe y a la entrega por parte de los hombres a Cristo y a Dios lleva consigo el Misterio Pascual como glorificación del Hijo de Dios. Pero al mismo tiempo en este Jesús, que actúa como Hijo, es también glorificado Dios Padre, es glorificado el Nombre del Padre (12,28) —Dios en cuanto Padre—, pues aparece como el Mayor y el que envía en la vida de Jesús y en su muerte (13,31); y en ese momento de la Cruz es cuando Jesús puede decir que revela al Padre sin ambages (16,25) y desde ese momento también el Padre es dado a conocer plenamente en Cristo con una fuerza de atracción misionera (13,32 cp. 12,32; 6,44).

De este modo el Padre en cuanto tal sólo puede ser honrado en el Hijo, como Padre de tal Hijo, y de esta forma honrar al Hijo es ya honrar al que le engendra (5,23), pues el Hijo es la presencia perenne del Padre (5,43), con quien se encuentra tan indisolublemente unido que conocerle al Hijo en toda su dimensión es conocer en un mismo acto al Padre (8,19). Pero el verdadero honor no consiste en un mero conocimiento gnóstico, sino en un dejarse mover por la vida de Dios presente en Cristo; como Jesús honra al Padre, al mostrarse abierto a todo su dinamismo, sólo quien se deja mover por el dinamismo de Jesús, sin egoísmos, puede decir que honra a Jesús como a Hijo de Dios y honra también en Él a su Padre Dios (5,23). Paralelamente, odiar a Jesús es odiar al Padre (15,23s); y deshonrarle significa fundamentalmente para el evangelista el no reconocer su personalidad filial de Hijo Unico de Dios (8,49s), es decir, desconocerle en lo más íntimo de su ser; esto implica también el desconocimiento radical del verdadero Dios, que se define como el Padre propio de Jesús (7,28). Este desconocimiento, que es constitutivo del judaísmo que rechaza a Jesús y culpable por su parte (7,24; 9,41; 15,22), es un desconoci-

miento objetivo y real, pues al no conocer la profundidad del origen de Jesús, al no admitirle como al Hijo Unico de Dios, permanece también para los judíos oculto y desconocido el origen de su mesianismo; si en un momento han creído poder decir que «saben de dónde es» Jesús (7,27), el evangelista de nuevo con su ironía típica pone de relieve otro momento en el que tienen que decir «no sabemos de dónde es» (9,29), pues aunque conozcan algo del origen humano de Jesús, éste no es la causa adecuada de su mesianismo, que reside en su filiación divina y cuyo origen está en el Padre que le envía. Esto es precisamente lo que «enseña» Jesús, lo que El muestra, de tal forma que en consecuencia toda su enseñanza, como su mismo ser sobre el que ella versa, no le es propia de modo independiente, sino que le viene comunicada por el Padre con su mismo ser, con su mismo Nombre, con su misma Gloria, con su mismo Espíritu, con su mismo Amor, con su misma Vida.

Y como contrarrespuesta a esta glorificación, que Jesús hace del Padre, también el Padre busca e intenta la gloria de su Hijo (8,50 cp. 12,32), quiere que sea tenido por tal, y así es el mismo Padre quien glorifica a Jesús (8,54), a la vez que juzga y condena al que no busca esta gloria, al que no le admite como al Hijo Unico de Dios Padre. Por otra parte, es el mismo Dios Padre quien a lo largo de la Historia sale a favor de su Hijo a través de la acción del Paráclito (16,10s), que le glorifica a Jesús en la Cristología de la Iglesia, al recibir todo del Padre a través de Jesús y comunicárselo luego a sus discípulos (16,14). De este modo Jesús sigue presente en los suyos, no les deja huérfanos, está con ellos por su presencia en el Espíritu, que El imploró, para que les asistiera, comunicándoles la experiencia de la vida misma de Jesús. Los discípulos, que contemplaron a Jesús como al Hijo de Dios, como al carismático dinamizado por el Espíritu de Dios, se sienten llenos de su Espíritu, de su mentalidad, de su dinamismo, al entregarse al influjo de la fuerza que emana del Hijo de Dios Padre. Aquí se logra la experiencia vital de que Jesús se encuentra realmente enraizado en Dios Padre y los suyos se hallan enraizados en El, pues se sienten movidos por Jesús a través de su Mensaje, que lo han interiorizado por el Espíritu con su amor; esto implica la presencia de Jesús en el hombre y también con El la de Dios Padre, ya que la palabra y el dinamismo de Jesús no se originan en El, sino que parten de quien le ha enviado. De esta forma la experiencia del Espíritu es indisolublemente una experiencia de Jesús como Hijo de Dios y a la vez una experiencia de Dios Padre; pero todo ello a través de la experiencia del dinamismo de Dios Padre en Cristo (14,17-24). Así el Pa-

dre, que le ha mostrado todo a Jesús en el origen de su ser, es también quien le asiste en su misión y además le glorifica perennemente por el Espíritu.

* * *

Pero la personalidad dinámica de Jesús no sólo se muestra en las afirmaciones evangélicas sobre su origen divino y su respuesta vital; *la estructura dinámica de la personalidad mesiánica y filial de Jesús aparece también en su tensión hacia Dios Padre.*

Dios Padre es el fin de toda la personalidad de Jesús, como es su origen. A la pregunta «¿de dónde eres Tú?» (19,9), formulada por Pilato, corresponde la pregunta «¿a dónde va Este, para que no le podamos encontrar?» (7,35; 8,22), en boca de los judíos. Jesús tiene conciencia de que ha salido de Dios y venido al mundo, pero de nuevo deja visiblemente este mundo y vuelve a Dios, regresa a su Padre y retorna al que le ha enviado (7,33b; 13,1; 16,15a.17b.27s.30). Esta ascensión adonde estaba antes (6,62) supone para El un crecimiento, porque sube hasta el Padre, que es mayor que El y así entra en una situación más perfecta, más completa (14,28); por eso los discípulos se deben alegrar, porque su eficacia será mayor desde el Padre (14,12.28b), sobre todo a través de la acción del Paráclito (16,7). Los judíos, que desconocen su origen, desconocen también su fin, que es su mismo origen, y por eso no le pueden seguir a donde El va (8,14s); aunque le busquen, no le hallarán, porque no podrán encontrarse donde El está (cp. 12,26), pues desconocen existencialmente ese lugar vital de Jesús (7,34); no pueden acceder como El al Padre (8,23), porque no pueden subir a la Cruz, porque no tienen la capacidad de sintonía perfecta con la voluntad de Dios (7,17; 8,42s) y consiguientemente no podrán tampoco con Jesús por medio de la Iglesia ir a los gentiles (7,35 cp. 10,16), universalizarse en su fe y en la salvación. Jesús, sin embargo, torna al Padre y en este Camino va realizando la salvación; El va a preparar lugar, va abriendo el camino hacia Dios en su propia Ascensión (14,1s.6) por medio de su Revelación para todos aquellos que entran en su misma dinámica, de tal forma que quienes se dejan mover por su Verdad se encuentran con la misma Vida de Dios, con el dinamismo de Dios a través de Jesús. Y es así como El realiza la hermandad entre los hombres, al insertarlos en su misma filiación por la participación en la dinámica de Dios Padre, que se ejerce en su Hijo Unico (20,17).

Esta conciencia de Jesús de que está caminando hacia el Padre y de que no sólo su origen determina su ser y sus actuaciones, sino tam-

bién su fin, se mantiene a lo largo de todo el Evangelio. El fin de Jesús es determinante de su personalidad: como hay una causa inicial, que determina su origen, hay también una causa final, que atrae toda su actividad; pero en ambos casos esta causa es, en su aspecto último, siempre una Persona, la de Dios Padre. En dos hechos evangélicos se hace especialmente resaltar esta continua tensión de Jesús por su referencia última a Dios: en la purificación del templo y en la resurrección de Lázaro. En el primero —programático—, el celo por la Casa de Dios, por la obra de Dios, por su Templo, que es la misma Persona de Jesús (1,51) le irá consumiendo —nótese que el evangelista cambia el pasado del texto bíblico (Si 69,10) al futuro (2,17)— y le irá quemando en sacrificio a lo largo de toda su vida hasta la consumación final, que los judíos la llevarán a cabo de modo violento (2,19). Por otra parte, el episodio de Lázaro, que en la mente del evangelista explica la muerte de Jesús, lo vive también El como una tensión hacia la glorificación de Dios Padre, hacia su propia glorificación como Hijo de Dios (11,4), que aparecerá en el momento de su misma muerte y de su consiguiente resurrección (11,4); pero incluso el mismo milagro y el don de la vida por la resurrección suponen ya una glorificación de Jesús y de Dios Padre en El, una epifanía de Dios en la obra de Jesús, ya que Jesús actúa por la gloria de Dios y al ritmo de los tiempos marcados por su Padre, logrando así una salvación mayor que la que se hubiera obtenido por los meros cálculos humanos (11,6.37).

Pero no sólo en hechos concretos el evangelista presenta esta postura de Jesús de dejarse estructurar en sus actuaciones mesiánicas por su Padre Dios, sino también en las disposiciones habituales de su vida filial. Jesús es el Santo de Dios (6,69), que se siente santificado por su Padre que le envía y a quien responde en la obediencia filial de perenne referencia a El (10,36ss). Jesús se mantiene en una búsqueda continua de la voluntad del que le ha enviado (5,30) y, una vez conocida, hace siempre lo que le agrada a El (8,29c); Jesús permanece siempre en una continua tendencia para agradar a su Padre y de este modo le honra con su postura filial, buscando en todo momento su honor (8,49). Así Jesús se diferencia de quienes buscan su propia gloria, de quienes hablan por sí mismos (7,18b) y actúan a partir de las concupiscencias (8,44), de quienes se constituyen en centro y objeto de su mensaje y en principio de dinamismo de su propio actuar, que de este modo repercute sólo en gloria propia (5,44); sin embargo, el que busca la gloria del que le ha enviado (7,18b α), el que está esencialmente orientado a buscar la gloria del transcendentamente Otro, es el que se mantiene en la Verdad, en la identificación con Dios, y se encuentra

en perfecta adecuación con El, de forma que no comete la mentira existencial ni la injusticia, pues no existe en El esa falta de ajustamiento con el ser enviado, ni se da un proceder independiente de quien le envía; de este modo no hay pecado alguno en El (cf. 8,45s).

En esta orientación esencial de Jesús hacia el fin señalado por su Padre Dios tiene una importancia singular el momento de su Hora, de su Gloria, de su realización plena, que está también marcada por el Padre (cp. 2,4 y 13,1). Es éste el momento de su exaltación, en el que intervienen como causalidad primera su Padre y como causas segundas los judíos; ésta es la ocasión, a la que Jesús mira continuamente en su vida como a la oportunidad máxima de su propia realización personal y salvífica; y a ella alude también en una triple predicción (3,14; 8,28; 12,34). Jesús se mueve en esa continua tensión de futuro, en orden a realizar el encargo, que el Padre le ha transmitido, de entregar su vida, para tomarla de nuevo (10,17ss), porque es sobre todo ahí cuando se va a consumir de forma plena todo el contenido de su misión mesiánica, que es la revelación franca de su Padre, al que le muestra como al determinante último y definitivo de todas sus actuaciones vitales (16,25 cf. 8,27ss). Por eso Jesús mira hacia ese momento como hacia la Hora de la glorificación plena de Dios y también de su Hijo (13,31s). Y desde ahí y en esa misma dinámica se podrá más adelante divisar la muerte en unión con Jesús como una glorificación apostólica de Dios (21,19); es así como Pedro y los demás discípulos le podrán además seguir en su camino hacia Dios (13,33.36; 21,18s cp. 14,2), aunque primero tengan que estar con El en tierra, para luego ser como El honrados por su Padre Dios (12,26).

Lo que fundamentalmente ha marcado esta tensión de Jesús hacia el momento final de su ministerio es su deseo de mostrar de modo pleno el amor a su Padre, de forma que conozca el mundo que El ama al Padre y que, como el Padre le ha encargado, así actúa El (14,31). Toda su vida ha sido un movimiento de amor filial hacia el Padre en el cumplimiento de su misión (15,10), pero el momento de su Cruz es el más patente en la muestra de este amor, pues supone la muerte a todo egoísmo; es éste el momento, hacia el que Jesús ha ido avanzando en un deseo de compleción de la obra de Dios (4,34) y en él muestra también su amor a los hombres (13,1), al revelarles todo el Misterio de Dios (15,15); es éste también el momento de su consumación, de su plena perfección (19,30), como lo era también de toda la Escritura, que tendía hacia El y que El había tenido interés en cumplirla hasta el último momento, como expresión de su fidelidad a la voluntad de su Padre (19,28 cp. 1,45; 2,17.22; 5,46; 12,14ss).

Hay además otra postura vital, en la que Jesús ha expresado su tendencia final hacia Dios como hacia el estructurante de su ser y de su obrar, y ésta es la postura de oración. Existen momentos oracionales en la vida de Jesús, en los que El aparece mirando al pasado y dando gracias a Dios Padre, porque le ha escuchado (11,41); en otras ocasiones, el evangelista apunta al futuro y hace notar por boca de Marta que todo lo que Jesús pida a Dios, Dios se lo concederá (11,22); también con una oración, en el presente de sus actuaciones, Jesús da sentido a sus gestos y los ordena al fin de su misión y a la fe (11,41s), y se eleva también hacia el Padre con su voluntad decidida de no perder a ninguno de los que El le ha confiado (18,9). Pero sobre todo con su oración Jesús trata de orientar todo su ser a la glorificación de Dios Padre y a la santificación de su Nombre (12,28), que se identifica además con la glorificación misma del Hijo del Hombre (12,23): así al aproximarse la hora de su pasión, Jesús se siente turbado, al tener que dejar un don precioso del Padre, la vida humana; y entonces brota de su interior la plegaria de la sensibilidad, suplicando la liberación de ese dolor; sin embargo, el pensamiento sobre el fin de su misión le hace cambiar su postura de intercesión a una oración apostólica, con la que pide la glorificación del Nombre del Padre, que si es verdad que se ha realizado a lo largo de todo el ministerio de Jesús, se realizará de modo más pleno en el momento de su Cruz, cuando aparezca en su expresividad máxima la filiación divina del Mesías. Esta postura dialógica, por fin, es también la que le mueve a Jesús a una dimensión oracional perenne de carácter apostólico, con la que ruega al Padre el envío del Paráclito (14,16), mostrando así su referencia a Dios y su dependencia de El en todo el futuro de su misión salvadora.

* * *

Como colofón de toda esta postura se encuentran los rasgos que Jesús muestra en su oración sacerdotal (Jn 17). En esta plegaria apostólica aparece como en síntesis toda la dinámica de la personalidad filial de Jesús a partir de la acción estructurante de Dios Padre, que le envía en misión mesiánica. Después de haber actuado y hablado a lo largo de toda su vida, ahora Jesús, elevándose al que es el origen y el centro de su ser, se dirige hacia El como el Apóstol, que completa su carrera y que pide el éxito de su misión, expresando también con su postura corporal de «levantar los ojos al cielo» (17,1) el que toda su existencia se encuentra «de cara a Dios» (1,1). A este Dios, a quien se dirige Jesús, le invoca ya inicialmente con el nombre típico de su

filiación —«Abbá, ¡Padre!»—, desde donde cobra su sentido y su explicación plena todo lo que sigue y que enunciará el origen, la actuación y el coronamiento de todo el ser y el obrar de Jesús.

Ya antes de la creación del mundo poseía Jesús una gloria junto a Dios (17,5b), propia de su ser y de su misión esencial (17,24ss), que le había sido concedida por su Padre (17,22) en virtud de su amor eterno (17,23). Esta gloria se la comunica el Padre por la entrega del mismo Nombre de Dios (17,11b α .12a β) y por este proceso todo lo que tiene el Padre pertenece a Jesús (17,10a β) y consiguiente todo lo que posee Jesús corresponde desde su origen a Dios Padre (17,10a α) y procede de El (17,7). De este modo se da una unidad perfecta entre el Padre y el Hijo, ya que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre en virtud de una circumincesión o presencia mutua dinámica (17,21). Este Hijo sale de Dios y es enviado por su Padre al mundo (17,8.18a.21.23), quien le encarga realizar una obra (17,4b), la de manifestar su Nombre (17,6a), y para ello le dinamiza con su propia comunicación, con el mensaje que le concede transmitir (17,8a) y le entrega también todas aquellas personas a las que el Hijo ha de manifestar la revelación de Dios y que en última instancia pertenecen al mismo Dios (17,6.9.24a α); el Padre le da a Jesús el poder sobre toda carne, para que a todos transfiera la vida eterna (17,2), la misma gloria de Dios (17,22), que se recibe por la simultánea revelación y aceptación de su Palabra, por el conocimiento sintónico del verdadero ser de Dios, el de Padre de Jesús el Mesías (17,3). Dios Padre ha marcado también la hora de la realización plena de Jesús (17,1), de tal forma que en todo su actuar Jesús se muestra no ser nunca de este mundo, ya que jamás actúa por principios que no provengan de Dios (17,14b β .16).

Jesús cumple perfectamente la misión de Dios, moviéndose en todo su ministerio al ritmo filial de la voluntad de su Padre, incluso en el cumplimiento exacto de toda la Escritura (17,12b). Jesús habla al mundo (17,13b), entregando a los suyos fielmente la Palabra de Dios (17,14a), y así da a conocer el Nombre del Padre que le ha enviado y que se muestra como tal en el mismo acto de dinamizar a Jesús para la misión con su propia vida (17,26a); así Jesús entrega la gloria, que El ha recibido como fuente y origen de la unidad dinámica (17,22), y glorifica al Padre en la tierra, llevando a perfección la obra que el mismo Padre le ha encomendado cumplir (17,4), la de manifestar su Nombre a las personas que El le ha entregado del mundo (17,6); esto se realiza de modo peculiar en el Misterio Pascual, cuando se reconoce plenamente que todo lo que tiene Jesús procede de Dios (17,7), porque entonces el Hijo entrega plenamente el mensaje recibido, el de su propia

identidad, y muestra con su entrega amorosa y filial que El procede de Dios y que es su Enviado (17,8b). En esta actividad llega a ser glorificado también el mismo Jesús (17,10b) en virtud de la plena comunicación que se da entre el Padre y el Hijo (17,10a) y en fuerza del conocimiento que adquieren sus discípulos de que El realmente viene de Dios (17,8). La función de Jesús ha logrado así sumergir a los que el Padre le ha dado en el conocimiento de su Nombre (17,12a); y en esta ocasión cumbre de su vida Jesús invoca a su Padre como «justo», precisamente en el momento de distinguirse a Sí mismo del mundo y del Maligno, porque El posee un conocimiento propio de Dios en cuanto dinamizado para la misión, y es en este conocimiento donde obtiene que entren también todos aquellos que le aceptan como al Enviado de Dios (17,25a).

Con respecto a su Fin, Jesús expresa hallarse en un movimiento continuo de ir caminando hacia el Padre, que es quien le ha santificado para la misión (17,11a.13a); y en este proceso se encuentra en una tensión continua para dar a conocer el Nombre del Padre que le ha enviado (17,26a), hasta lograrlo con perfección en el Misterio Pascual, cuando el amor, con que el Padre le ha amado en virtud de la misión, pasa también de modo definitivo a los que le aceptan como al Enviado de Dios, de tal forma que Jesús se encuentra ya desde ahí viviendo en los suyos y siendo el principio dinámico de su vitalidad (17,26). En su referencia esencial al Padre e invocándole como a tal, Jesús le pide además su propia glorificación para que, mostrándose como Hijo, pueda glorificar también al Padre por esta revelación filial (17,1); le pide incluso su glorificación definitiva junto a Dios (17,5) y la máxima posibilidad de éxito en su misión (17,9), al suplicarle la eterna compañía contemplativa de los suyos (17,24). En esta dirección y para el porvenir Jesús prolonga también en los suyos su misma misión, la que ha recibido del Padre (17,18), y pide que sea El quien los preserve del mal, de los principios del Maligno, porque ellos han de seguir en este mundo de tentación (17,15); y, para lograr esto, suplica que el Padre los envuelva en su propio Nombre, en el mismo que ha comunicado a Jesús y que se entrega con la Revelación; de este modo quedarán consagrados a Dios por la misión, santificados en la Verdad, movidos por la Palabra de Dios (17,17), la que de forma eminente se muestra en la entrega dinámica de Jesús a Dios Padre en el proceso del Misterio Pascual (17,18s); así ellos entran en la misma Unidad que existe entre el Padre y el Hijo y que es la unidad fundante y modélica de toda la subsiguiente experiencia cristiana (17,11b); así los suyos participan en la misma vivencia de Jesús (17,13b), pero

a la vez el odio del mundo malo se concentra también en ellos como en la prolongación de Jesús, pues ellos no se dejan guiar ya por los principios del Maligno, sino por la Palabra de Dios (17,14.16 cp. 15b). Finalmente, Jesús en postura referencial al Padre le pide además que los que se han de entregar a El como a centro de su fe en virtud de la palabra apostólica de la misión formen una unidad dinámica, al encontrarse Jesús interiorizado en ellos por su Revelación; de esta manera experimentarán la causalidad del Padre en el Hijo y el enraizamiento del Hijo en el Padre y cómo pasa también el amor del Padre a los que son de Jesús junto con la misión y por ella el mundo podrá llegar a la entrega de la fe (17,21.23).

De todo lo dicho aparece claramente, como apuntábamos al principio, que la postura de la filiación de Jesús está estructurada por el dinamismo misionero del Padre y que toda esta cristología en el Evangelio de Juan reviste además un carácter netamente soteriológico. La formulación cristológica del Evangelio llega a su cumbre cuando, después de haber afirmado el evangelista al comienzo de su obra la absoluta invisibilidad de Dios (1,18), recoge en un momento paralelo final esta confesión de Tomás ante Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!» (20,28); pero a la vez, insistiendo en el sentido soteriológico, pone de relieve con palabras del mismo Jesús esta bienaventuranza de la fe: «Porque me has visto, Tomás, has creído; felices los que sin haber visto creen» (20,29). Es a los que creen en su Nombre, a los que le reciben, a quienes la Palabra hecha carne concede la capacidad de entrar en su misma filiación; y esto precisamente en la medida misma de la fe (1,12). Esta filiación se identifica esencialmente con la vida eterna, la misma vida de Dios, que se concede no por la adhesión a un Jesús meramente milagrero (2,23ss), sino por la entrega al Hijo del Hombre exaltado, al Jesús en la máxima expresión de su filiación (3,14s), ya que es a partir del dinamismo que ejerce el Cristo exaltado en quien se entrega a El como se puede decir que las obras del creyente están realizadas según Dios, porque es El quien en último término revela a Jesús y le presenta con el dinamismo típico de la Luz del mundo (3,14-21); así nace la nueva criatura, que tiene por principio generacional al Espíritu (3,5-8) y por principio dinámico a la Palabra del Señor, pues Jesús, que ha recibido el Espíritu sin medida, lo ha transmitido fielmente con su revelación (3,32.36; 7,37ss); la vida de esta nueva criatura es ya la vida eterna, la vida de Dios, recibida por la escucha de la Palabra de Jesús y por la concomitante fe en quien le envía, es decir, por la entrega al dinamismo que ejerce Dios Padre a través del Mensaje de su Hijo Enviado Jesús (5,24). Así se

puede decir que el creyente nace también de Dios, porque de El recibe su ser y el principio de su actuación en virtud de la escucha de la Palabra de Dios en Jesús (8,47a), ya que el tenerle a Dios por Padre implica necesariamente el amor al Enviado de Dios en plena sintonía con El (8,42). El creer en Jesús de verdad y el entregarse a El significa esencialmente dejarse invadir por el dinamismo de quien le está enviando, ya que contemplar al Hijo en profundidad implica el divisar también en un único acto al Padre que está detrás de toda su misión (12,44s); esta contemplación se halla en la base de todo ulterior dinamismo cristiano (14,17-24).

Una consecuencia de este dinamismo es la referencia profunda del creyente a Dios, que el evangelio la denomina como «la verdadera adoración» y que tiene lugar cuando el hombre se siente movido al acceso a Dios por el Espíritu Santo en virtud del dinamismo de la Revelación de Jesús (4,23s). Es aquí también como el Padre queda glorificado en quienes se convierten así en discípulos de Jesús por la aceptación de su Palabra y por la entrada en su dinámica filial (15,8), pasando de esta forma a ser hermanos de Jesús (20,17), que viven con su misma vida en virtud de su Nombre (20,31), del Nombre de Dios, revelado en El. De este modo llega a su pleno éxito la misión de Jesús, que ha tenido por fin reunir en unidad con El a todos los hijos de Dios dispersos (11,52). Pero además la filiación de Jesús y su dinámica se continúa perennemente en los suyos por el dinamismo de la misión; la presencia de Jesús en los suyos —según el evangelista— está esencialmente condicionada al envío, al dejarse mover por El (13,20), y por El y con El el creyente entra también en unidad de comunión con Dios Padre (20,21 cp. 14,6). Jesús pide por fin a quienes han entrado en esta su filiación y en su misión que realicen en sus actuaciones la misma entrega que El ha vivido de cara a Dios y que es el fundamento y el modelo de toda la entrega religiosa del hombre, por la que éste llega a experimentar en sí mismo la vida propia de Dios (15,9). En conclusión se puede afirmar que la filiación de Jesús, que en su aspecto mesiánico se estructura fundamentalmente de un modo dinámico por la creciente respuesta al Dios que envía, tiende también a ser participada por quienes se entregan al dinamismo de Dios en Jesús. Y esto es lo que el evangelista Juan pretende enseñar, al presentar la figura filial de Jesús como modelo estructurante de toda la vida cristiana (20,30s).

JESÚS LUZÁRRAGA, S.J.

Universidad de Deusto
Bilbao